



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Francesco Alberoni • Friedrich Nietzsche • Erika J. Rivera • Víctor Varas • Raúl Zurita • Edmundo Paz
Carlos Medinaceli • Roberto Bolaños • Antonio Terán • Jean-Michel Maulpoix • Mariana Alcoforado

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV n° 625 Oruro, domingo 7 de mayo de 2017





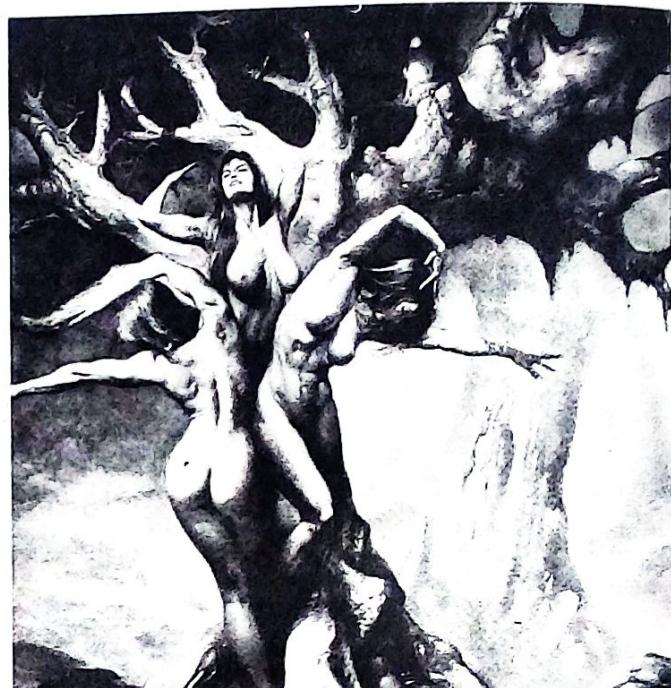
Ángel Arcabucero
Dibujo al pastel 30 x 20 cm
Erasmo Zarzuela

Sacralidad amorosa

El amor produce una geografía sacra del mundo. Ese lugar, esa casa, aquella vista al mar o a las montañas, aquel árbol, se convierten en símbolos de la persona amada o del amor. Tómanse zonas sagradas, templos, pues albergaron un momento de amor eterno o un presagio. Y al mismo tiempo en que se sacraliza el espacio, se sacraliza también el tiempo. Si el tiempo de la felicidad al germinar el amor es el presente eterno, la suma de los instantes de eternidad constituye un año litúrgico con sus misterios sagrados. Son lazos de significación y de valor, momentos de dolor ejemplar, de felicidad, o tan solamente instante claves para la pareja y que se tornan sagrados para nosotros.

Francesco Alberoni en: *El enamoramiento y el amor*.

¡No hay otro remedio!



¿Acaso se ha comprendido la famosa historia que encabeza el relato de la Biblia, la del miedo terrible de Dios a la ciencia?... No se la ha comprendido. Este libro sacerdotal por excelencia empieza, como es natural, por la gran dificultad interior del sacerdote; este no conoce más que un grave peligro, luego "Dios" no conoce más que un grave peligro.

El viejo Dios, todo "espíritu", todo pontífice, todo perfección, se pasea por su jardín, y se aburre. Ni los dioses pueden evitar el aburrimiento. ¿Qué hace Dios para remediarlo? Inventa al hombre, puesto que el hombre es entretenido... Pero he aquí que también el hombre se aburre. Reacciona Dios con una simpatía sin límites contra la única desventura propia de todos los parásitos y crea otros animales. Primer desacuerdo de Dios: el hombre no encontró entretenidos a los animales; se erigió en amo de ellos, no quiso ser ni siquiera "animal". En consecuencia, Dios creó la mujer. Y entonces se acabó, en efecto, el aburrimiento; ¡pero también se acabaron otras cosas! La mujer fue el segundo desierto de Dios. "La mujer es por su esencia serpiente, *Heva*", como lo saben todos los sacerdotes; "la mujer es la raíz de todos los males en el mundo"; esto también lo saben todos los sacerdotes. "Luego, ella es también la raíz de la ciencia".... Sólo a causa de la mujer el hombre aprendió a comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Qué había pasado? El viejo Dios se sintió preso de un miedo terrible. El hombre resultaba ser su mayor desacierto; con él se había creado a sí mismo un rival: la ciencia hace semejante a Dios; ¡los sacerdotes y los dioses están perdidos si el hombre se vuelve científico! Moraleja: la ciencia es lo prohibido en sí; únicamente ella es prohibida. La ciencia es el pecado primordial, el germen de todo pecado, el pecado original. Sólo esto es la moral. "No conocerás": todo lo demás se sigue de este mandamiento. Su miedo terrible no impidió a Dios ser listo e inteligente. ¡Cómo se combate la ciencia! Tal fue durante largo tiempo su problema capital. Respuesta: ¡hay que expulsar al hombre del paraíso! La felicidad, el ocio, lleva a pensar, todos los pensamientos son malos pensamientos... El hombre no debe pensar. Y el "sacerdote en sí" inventa el apremio, la muerte, el peligro moral del embarazo, toda clase de miseria, vejez y desventura, sobre todo la enfermedad; ¡en su totalidad medios para combatir a la ciencia! El apremio no permite al hombre pensar... ¡Y, sin embargo!, ¡horror!, la obra del conocimiento se va agigantando, asaltando el cielo, amenazando con la ruina la divinidad. ¿Qué hacer? El viejo Dios inventa la guerra, desune a los pueblos y hace que los hombres se destruyan unos a otros (los sacerdotes –las religiones– siempre han tenido necesidad de la guerra...). La guerra es, entre otras cosas, una grande perturbadora de la ciencia! ¡Increíble! El conocimiento, la emancipación de los hombres del sacerdote, progresó aun a pesar de las guerras. Entonces, el viejo Dios llega a esta conclusión última: "el hombre se ha vuelto científico; ¡no hay más remedio que ahogarlo!"...

Friedrich Nietzsche. Filósofo, poeta, músico y filólogo alemán (1844 - 1900).

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288600
elduende@zofro.com
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Los fundamentos del éxito empresarial en la semblanza “Samuel Doria Medina” de Fernando Molina

* Erika J. Rivera

En nuestra era que aprecia poco el mérito y la exigencia académica, podemos, sin embargo, comprobar que el ABC del éxito empresarial se fundamenta en el valor de la profesionalización, el estudio disciplinado y la formación constante. Podemos percibir estos elementos en *Samuel Doria Medina. Biografía de un industrial* (La Paz: Editorial 3600, 2016), de Fernando Molina. Es un libro que vale la pena leer para reflexionar sobre los diversos asuntos que nos competen a los bolivianos. Más allá de la comprensión histórica del país en un contexto mundial, desarrollemos empatía hacia un sujeto que tiene una forma específica de mirar la vida. El sentido de su existencia es complejo, y el libro atraviesa desde lo más íntimo y personal, también lo familiar, asimismo el ámbito laboral y lo más radical: la percepción del país.

Según Fernando Molina los jóvenes emprendedores preocupados por el secreto del éxito abordan a Samuel Doria Medina con diversas preguntas como por ejemplo: ¿cómo, cuándo y dónde invertir?, ¿cómo evitar errores?; ¿cuándo y cómo distinguir un proyecto con perspectiva de la simple ilusión? A estas interrogantes Doria Medina responde con la siguiente explicación: “La mitad del éxito es la educación. Yo no pertenezco a un hogar de altos ingresos, pero mi padre tuvo el criterio de hacerme estudiar, yo le di importancia a los estudios universitarios e hice un grado y un postgrado en un tiempo en el que esto era inusual. Si, el 50%, y aun el 50% +1 del éxito reside en la educación universitaria. Claro que algunos me preguntarán qué pasa con los muchos que son educados e igual fracasan en los negocios. Es indudable que la educación no basta. Pero es lo primero que un emprendedor debe lograr. Una vez que ya la tiene, debe además tomar en cuenta los siguientes cinco factores para hacer un negocio: El mercado: que haya demanda. Ir de menos a más: comenzar un negocio pequeño. Ganar plata desde el principio. Excelencia. Tener valores, si quieres una empresa sostenible”.

Aunque estos consejos sean para emprendedores, es difícil no polemizar ante estas afirmaciones porque nos encontramos en una sociedad donde todos los años nos lanzan estadísticas de la sobreoferta de profesionales ante la poca demanda de los mismos por instituciones públicas y privadas. La realidad nos enseña a ser incrédulos ante las instituciones y la selección de personal porque somos eliminados ante candidatos con influencias y con poca o quizás ninguna formación técnico-profesional, es decir: mediante prácticas de nepotismo, clientelismo, amiguismo y corrupción. Casi siempre nos encontramos con instituciones caóticas, sin un sistema archivístico que haga ágil, oportuno y eficaz la toma de decisiones. Asimismo casi siempre nos encontramos con recursos humanos ineficaces en los diferentes procesos de administración. La biografía de Doria Medina nos muestra la aplicación de una administración modernizante en sus empresas y como prueba empírica de ello se puede apreciar la venta exitosa de una de ellas. Por lo tanto es una reflexión que nos llena de optimismo porque a pesar de todo el

desánimo nos alienta a nunca dejar de estudiar. No hay duda que es una mirada positiva de las ciencias y del conocimiento en contra de la ola contemporánea que se presenta como crítica del saber científico occidental que, se dice, no habría resuelto los problemas de la población.

El libro nos muestra que estas posturas demagógicas no han ayudado a una articulación seria para la resolución de un modelo económico que coopere en la consolidación de una clase media que deje de ser vulnerable para que se transforme en una clase consolidada. Asimismo el texto observa una mentalidad boliviana asistencialista. Las mayordas destinadas a tareas comerciales simples, por el

mano de obra calificada que causa desempleo a numerosos miembros de la sociedad? ¿Qué somos si no producimos para el mercado y nos quedamos fuera y ya no existimos ni como dato estadístico? Es evidente que las afirmaciones positivas de Molina sobre la industria son cuestionables hoy cuando tener un empleo ya es un privilegio sin importar las condiciones ecológicas. La biografía nos muestra, empero, que es posible una industria con responsabilidad ecológica como las cementeras que cuidan el medio ambiente de su entorno. Asimismo el texto señala elementos de reflexión crítica al realizar un balance sobre los presupuestos del Estado que siempre benefician a los que tienen asegurado un capital en detrimento de los que son vulnerables.

Samuel Doria Medina Auza nació el 4 de diciembre de 1958 en La Paz. Cursó hasta el cuarto año de primaria en el Colegio Alemán en Oruro. A esta temprana edad se visualizó su carácter fuerte. Buen estudiante y negociador innato, aún más, bajo presión. Con el ahorro de un mes de recreo se inscribió en un concurso de dibujo en la municipalidad alentado por su madre Yolanda Auza Guzmán de Rojas, quien tenía la esperanza de que su hijo hubiera heredado el talento de su tío, el célebre pintor Cecilio Guzmán de Rojas. Samuel ganó el concurso y fue premiado ante la mirada orgullosa de su madre en la glorieta de la plaza principal 10 de Febrero. Su padre Samuel Doria Medina Arana lo envió a terminar el colegio en un internado en la Argentina. En 1976 comenzó a despertarse su interés por la política. Acababa de comenzar la dictadura militar de Jorge Rafael Videla y vino la represión contra los jóvenes radicalizados influidos por la Revolución Cubana y el Concilio Vaticano II y, derivada de este, la “teología de la liberación”. Samuel se inclinó a favor de los guerrilleros Montoneros en contra del abuso de poder de los grupos militares manteniendo su independencia de criterio. Retornó a Bolivia luego de salir bachiller con buenas notas. Se transformó en un joven serio y trabajador después del distanciamiento del ambiente juvenil paceño en el que había dado malos pasos. La experiencia de estos malos pasos nos lleva a reflexionar sobre el ambiente señalado en la estadística del Comando Nacional de la Policía del 2 de marzo de 2017: en los cuatro días de Carnaval en Bolivia hubieron 482 denuncias de delitos y 67 muertes con un incremento del 29 por ciento de víctimas en comparación con la anterior gestión. La sociedad idiosincrásicamente festiva –sin que se salve ningún estrato socioeconómico– tiene un común denominador: perder el tiempo a nombre de la sociabilidad dedicándose a fiestas, nicotina, drogas y alcohol, produciendo personas parasitarias e improductivas. Todavía hoy se celebra al más vicioso, zángano y fansarrón en lugar de

incentivar y competir por el cultivo del cuerpo sano y atlético, la cultura, el conocimiento, el intelecto y desarrollar el espíritu. Se habla de una sabiduría ancestral de nuestros pueblos. Pero lo que menos hacemos es conducirnos sabiamente, lo que resulta ser algo más complejo que el mero conocimiento técnico-científico porque tiene que ver con la toma de decisiones inteligentes para aprender a visualizar las consecuencias sin necesidad de provocarnos acciones dañinas ni para nosotros ni para la sociedad. Aún nos falta desarrollarnos muchísimo para producir el respeto por terceros. La biografía nos señala que estos logros no sólo tienen que ver con el dinero, sino que también es cuestión de mentalidad y de cómo formamos a las futuras generaciones. Samuel Doria Medina a sus 19 años, influido por su padre, quien amaba el conocimiento técnico-científico y mostraba interés por las soluciones de los expertos ante problemas complejos, ingresó a estudiar economía en la Universidad Católica, donde conoció a Nidia Monje Postigo, quien más tarde sería su esposa. Hasta el día de hoy comparten afinidades y afectos, como por ejemplo: la economía, la política y la familia. Juntos con amor construyeron un hogar exitoso, educando a sus hijos (Sandra, Samuel III, Fabián, Adrián y Ezequiel) con valores consolidados en la rectitud, disciplina, trabajo y con una mirada humanista. Samuel Doria Medina también estudió Administración de Empresas. En julio de 1980 no fue indiferente ante el golpe de Estado, movilizándose junto a colectivos estudiantiles. Este golpe de Estado cerró las universidades por más de un año y como aún le faltaba un semestre para acabar economía y dos semestres para terminar administración de empresas, decidió seguir sus estudios en la *Arizona State University*. En 1981 Samuel se convirtió en *bachelor* (licenciado) en economía. Realizó estudios de postgrado de 1982 a 1983 en la *London School of Economics and Political Science* accediendo al título de Master en desarrollo económico y la maestría en finanzas públicas.

Según Fernando Molina, para comprender a Samuel Doria Medina y su carrera empresarial debemos conocer la historia de la empresa SOBOCE. En julio de 2011, cuando fue premiado por la Asociación de Industriales Latinoamericanos como el mejor industrial de dicho año, expresó lo siguiente: “Acepto esta distinción en nombre de los industriales que, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, se han empeñado en realizar lo que en todas las épocas se consideró una utopía: darle a Bolivia un aparato productivo propio”.

Finalmente corresponde a los lectores interpretar esta semblanza desde diferentes perspectivas para comprender mejor nuestra historia.

* Erika J. Rivera. La Paz.
Escritora.



Samuel Doria Medina

modelo monoprotector de nuestro país, deberían ser empujadas a realizar tareas comerciales complejas convirtiéndose en parte de los procesos de producción. Esta biografía nos muestra que los proyectos de responsabilidad social son un intento exitoso de intervenir en la sociedad boliviana. Doria Medina insta a la clase empresarial a trabajar con mayor ahínco y seriedad no por un civismo abstracto, sino porque todos somos parte del circuito para que todo funcione bien. Si los ciudadanos tienen una mayor calidad de vida, las empresas también crecerán. Esto significa que la individualidad es un estímulo para la circulación beneficiosa de todos en esta sociedad.

Esta biografía es reflexiva porque nos impulsa a preguntarnos qué podemos hacer desde el lugar que nos ha tocado existir. Para Fernando Molina su biografiado es uno de los mayores industriales de nuestra historia y considera que no es valorado como se debe porque en los prejuicios bolivianos el emprendedor privado es presentado como el egoísta que va en contra del Estado y del bien común. Esta dicotomía para Molina es una fórmula teórica errada porque no analizamos el bien social que se produce con la fabricación de artículos y la creación de fuentes de trabajo. Esta postura podría ser cuestionada preguntándole al autor sobre lo que él considera “artículos necesarios” y “la vanguardia industrial” que provienen de hormos y combinaciones químicas que contamianan el mundo. ¿En qué medida el planeta es más digno para el ser humano hoy con el problema del calentamiento global y los daños ecológicos irreversibles? ¿Qué hacemos con la

El castigo por la maledicencia

* Víctor Varas

Esta verdadera y moralizadora historia pasó hace muchos años. La relataron los más viejos pobladores a los que les seguían en edad: los ancianos a sus hijos, estos a sus descendientes y duraron décadas que no se habló de otra cosa en el vecindario.

El suceso me lo contaron en círculo femenino de ancianas y de señoras madururas que rodeaban a la bisabuela, quien, recostada en su lecho, ponía como testigo a la verdad a las esculturas ascéticas de santos que abundaban en sendos fanales, luciéndose también en los muros de la alcoba comunitaria óleos coloniales de ejemplarizada hagiografía.

—La protagonista del caso se llamaba Encarnación —dijo la bisabuela comenzando el relato—. Y parece que cuando la bautizaron con este nombre sus padrinos adivinaron que iba a encarar el mayor pecado femenino: la maledicencia.

Por razones no conocidas, la pequeña pasó de niña a la adolescencia y de este período a la juventud y madurez mordiéndose del bien ajeno que imaginativamente se convertía en insoportable daño suyo...

—Sería por fea —interrumpió tía Trinidad

—No, no era fea de físico —aclaró la narradora y continuó—: Tenía algunas dotes naturales que pudieran hacerla triunfar, pero se tornaba intolerable porque todo lo que ocurría —y eso desde su niñez— se traducía en comentario desdoroso de la vida y hechos corrientes de sus relaciones sociales, a los que añadía de su cosecha propia fuertes dosis de malignidad.

Lo peor era que casadas sus compañeras de generación, así como las anteriores a ella y las que inmediatamente sucedieron, como sus padres —siendo hija única— dejaron a Encarnación discreta herencia con la que podía vivir sin apremios económicos, tomó hábito el distribuir su tiempo entre su casa, el templo vecino y la salida de sus devociones, visitar de paso a algunas personas, las que tenían que ser afectadas, a las que contaba algo malo de determinadas gentes conocidas.

Así llegó a interrumpir bodas, destruir hogares, perjudicar negocios, cancelar viajes de estudios, provocar reyertas familiares, romper noviazgos, destruir progresos personales, esparciendo descrédito y atacando satánicamente la honra de los que caían bajo la embestida fatal de su lengua.

Declaraba sus pecados a su confesor, cumplía las penitencias, contribuía con limosnas a las diversas congregaciones y de pronto, individuos que se tenían cordial aprecio desde niños llegaban a odiarse y a hacerse todo el mal posible.

Era incansable...

—¿Y por qué se la toleraba tanto? —preguntó consuelo la sobrina-nieta.

—Porque era muy hábil en lanzar la piedra y luego ocultar la mano.

—Que siga la historia —pidió Teresa, la más joven llena de curiosidad.

—Bueno. Pero no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Enfermó de un mal que los médicos no conocieron bien. Se dijo que necesitaba someterse a una operación que su pudor le impedía aceptar.

Fue agotándose poco a poco, no obstante que tenía todos los recursos para tonificarse y recuperar perdidas energías. No asimilaba su organismo lo que ingería para nutrirse y parecía que tampoco se servía las medicinas.

Después de inútiles cuidados, Encarna falleció, llenándose el dormitorio de una pestilente fetidez...

—¡Qué horror!... —comentó alguna.

—No me interrumpas, Justina, que no quiero perder el hilo. Inmediatamente de muerta, los parientes tomaron toda clase de precauciones y cuidados. Hicieron bendecir la casa. Sahumaron con yerbas aromáticas y, conforme a costumbre, tratándose de persona principal del pueblo, se la veló en el templo, rodeada de un hermoso catafalco en la nave central...

—¿Así se la premió? —preguntó irónicamente la tía Tránsito.

—No, espera, que los juicios de Dios son valorables para los humanos. Lo peor sucedió precisamente en la noche del velorio.

Después que desfiló por el oratorio casi toda la población, echando agua bendita con hojas de palma y rezando individualmente las consabidas oraciones, se aseguró las puertas.

En la nave central y en todo el interior reinó profundo silencio, interrumpido solo por el chisporroteo de los cirios encendidos. De pronto, como con un solo soplo, todas las luces se apagaron.

El aire cobró cierta pesadez. Una forma blanca surgió desde el fondo de la nave donde estaba arreglado el catafalco.

La aparición asumió forma humana con alas resplandecientes que hacían destacar su larga y nívea vestidura. Su rostro era el del Ángel del Castigo.

Así debió ser el del que arrojó a Adán y Eva del paraíso. Con gesto solemne, señalando con el índice de su diestra mano el ataúd, ordenó a la yacente:

—¡Levántate!

La finada, con fuerza extraña levantó la tapa del féretro, la puso a un lado y, dirigiendo la vista al ángel, temerosa lo miró como interrogándole. El raro visitante mandó luego:

—¡Toma las lámparas y extiende el aceite de ellas en el pavimento!

Obedeció lo impuesto con paso trémulo. Como eran muchas las destinadas para el velorio, fue arrojando a turno el contenido de cada una, que se diseminó por el santuario.

Cuando todo el piso estuvo regado y no quedaba el líquido elemento en ninguna, el ángel determinó:

—¡Recoge con tus manos el óleo vertido y pon en las lámparas!

—¡No, por Dios, perdón!

—¡Has levantado el nombre de Dios toda tu vida para los malos menesteres y ahora no te valdrá de nada! ¡Cumple con lo ordenado!

Comenzó Encarnación a raspar el piso con las manos, primero con una y luego, para hacerlo mejor, con ambas a la vez. ¡Nada! Rascaba con las uñas. ¡Tampoco!

Formáronse grietas y heridas en las escasas carnes resecas.

Ya nada quedaba de materia blanda. ¡Nada! No podía recoger ni una gota del aceite extendido. Suponía que con los huesos tendría mejor resultado.

¡Imposible! Despues de cada empeño, dirigiendo su mirada al castigador, este, inexorablemente imponía:

—¡Sigue, desdichada!

Pero ya no quedaban los huesos de las manos. Con los antebrazos y a falta de estos, con los brazos, la faena obtenía peores resultados. Ya no restaba nada de las extremidades superiores, cuyos residuos, así como la lujosa vestimenta hecha jirones, desparpamaron en el suelo.

Con la conciencia de su perdición irremediable, la penitente imploró con gritos que no tenía nada de humano:

—¡Piedad! ¡Por Dios!

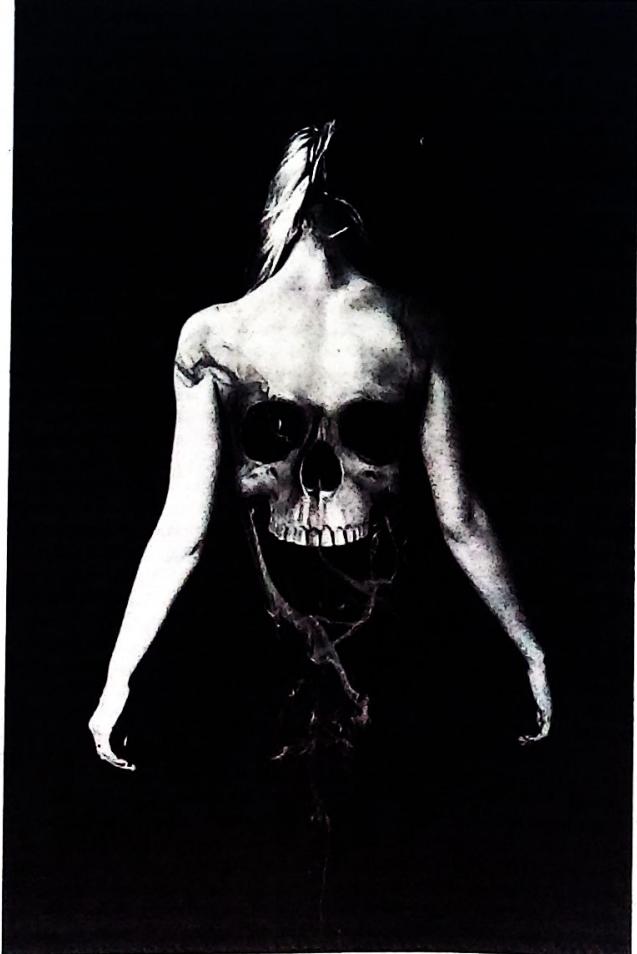
El comisionado celestial para tan dantesco castigo, hizo volver a la cuidada a su caja y, enseguida, con voz lenta y grave, dijo:

—¡Has tenido, no digo respeto, que es lo corriente en personas normales, sino piedad, que es de nobles, por la honra ajena! ¿Acaso no has hecho de tu vida un culto para el desprestigio de los demás? ¡No has abusado del nombre de Dios y de los santos para envenenar el alma de gentes que mercenarían ser felices? ¡No has ido de casa en casa, de puerta en puerta, destruyendo honor y dignidad hasta de los de tu propia sangre? Pues, para lo que has sembrado durante tu existencia todavía es poco el castigo. Cuando se enlodá en honor ajena con la maledicencia, con la intriga, con la calumnia, ello es tan irreparable como el aceite que has esparcido por el suelo: se extiende más y más y es imposible recogerlo. Dura es la lección, pero ojalá sirviera de provecho...

Como la anciana dio muestras, con la modulación de su voz, de haber terminado la relación, las oyentes quedaron calladas, mustias.

Temerosas bajaron la vista, quizá metiéndose intimamente en lo sucesivo no correr el riesgo de recoger el petróleo derramado en el pavimento por dar libre soltura a su lengua...

Víctor Varas Reyes.
Escritor tarifeño, 1904-1988.



Zurita, nuevamente

El poeta chileno Raúl Zurita, recientemente galardonado con el Premio Iberoamericano de Poesía, estuvo en Buenos Aires para presentar un disco junto al grupo de rock González y los asistentes. Allí se desarrolló este diálogo que puede consultarse completo en eternacadencia.com

Tu poesía ha sido catalogada como política. ¿En qué sentido lo es y desde qué punto coincides con esta frase del poeta francés Pierre Reverdy: "La verdadera importancia de la poesía desde el punto de vista general, no ha sido la de ser social, o sea, con un fondo político, ella es vital –siempre ha sido vital?"

Un buen poema tiene que ser un poema de amor, un poema de duelo, un poema político, tiene que ser todo. No creo en la especificidad del adjetivo poesía "política", pero sí en una poesía que se entienda como situada, o sea a partir de un escenario que es común y reconocible para todos. Las cordilleras que yo pongo son la Cordillera de Los Andes, el desierto es el Desierto de Atacama, el océano es el Océano Pacífico.

Tengo una cierta animadversión hacia la abstracción: la poesía tiene que ver con lo vital, pero qué es lo vital. Puede ser todo como puede ser nada. En resumidas cuentas, descreo de esa poesía abstracta, que eludiendo a capas más profundas de la realidad termina por refugiarse en las zonas más pobres y más fáciles de la irreabilidad.

Entonces el Chile que está en tus poemas no es una construcción ni un sonido ni un conjunto de fonemas, sino que es el pais

Quien lee tiene la libertad de rechazar al referente. Ahora, todo país es también una construcción imaginaria. Todo país son sus mitos, las historias que se cuentan sus ciudadanos en sí mismos.

¿Qué lugar ocupa el paisaje en tu obra? El poeta Héctor Hernández en la contratación de INRI señala que este libro "viene a comprobar que toda geografía es a la vez una historia". Y esa historia, por lo que se ve, está hecha de sangre

Los paisajes son como grandes telones en blanco que vamos llenado con nuestro paso por la vida, pero esos paisajes están sucios de nuestros ojos. Cuando tú dices "montaña", puedes decirlo porque ha habido otro antes que ha dicho "montaña". Cuando ves una montaña estás viendo una suma de miradas.

Creo que el que le canta al paisaje es Neruda, desde la certeza de la posición de la lengua. Los paisajes, para mí, son imágenes de las pasiones humanas, de los sueños, de los tormentos, creo que las cordilleras manchan, entonces yo las veo como metáforas de las pasiones y de las emociones que producen, pero también como metáforas de dónde empieza y dónde termina uno, ¿termina uno en sus dedos?, hay un terreno común entre el paisaje y el cuerpo humano.

Por otro lado, está el Chile del poema de Alonso de Ercilla, en plena época del descubrimiento de nuestro país; él vio en el lugar más remoto del planeta un país que todavía no existía: "Chile, fértil provincia señalada". Siempre he tenido la sensación de esa cosa colosal que tiene la poesía chilena y que es casi una marca. La poesía de De Rokha, de



Neruda, incluso la del mismo Parra, es un intento por disimular la mentira inicial del poema de Ercilla.

¿En esa mentira inicial estás tu concepción de historias?

Historia y naturaleza borran sus fronteras. Esto también está en el *Canto general*, de Neruda. Antes de la llegada de los conquistadores, estos paisajes no existían, pero sobrevivirán, dice, y es capaz de ver en la naturaleza una imagen de esperanza y de resistencia, es decir que el mal no va a durar para siempre, y la naturaleza da pruebas de eso.

Hay algo de Whitman en tu obra. Hay poemas tuyos que suenan a algunas cosas de *Redobles de tambor*: "Partiendo de Paumanok, vuelo como un pájaro, /por aquí y por allá, hasta remontar, cantar la idea de todo; /entregándome al norte, para cantar allí canciones árticas, /A Canadá, hasta que absorba Canadá en mí mismo...". Henry James odiaba a Whitman, o al menos ese libro. ¿Qué tan importante te resulta Whitman?

Yo tengo dos poetas muy queridos: uno es Rimbaud y el otro es Whitman. Los grandes poemas fundan historias, fundan naciones: con *La Ilada* comienza la historia de lo que entendemos por Occidente. Lo que llamamos "lo humano" nace de las cenizas del troyano Héctor, domador de caballos. Yo entiendo el reproche que le hace James a Whitman, lo entiendo desde su exquisitez; como no puede si no verse a sí mismo, toda mirada abarcadora la siente como una agresión. Whitman y James representan dos extremos opuestos de la experiencia artística.

Entonces Whitman en un momento va a Valparaíso y qué ve: ¡veo Valparaíso!, dice, pero creo que hay un equivoco: todos los seres humanos vemos Valparaíso y vemos Canadá. Esa no es una experiencia extraña.

Neruda cuando dice "Sube a nacer conmigo hermano" demuestra tener un ego tan grande, porque cree poder interpretar a los muertos cuando uno a duras penas puede hablar por sí mismo. Sin embargo, todos al hablar estamos hablando por los muertos,

todos somos el puerto de un río inmemorial. Nadie nace en sí mismo, somos parte de muertos y hablamos por los que nos precedieron.

¿Te consideras el último de los mohicanos, el último de los poetas de la gran tradición chilena? Tengo la percepción de que ya no hay grandes voces, sino voces más moduladas o sin estridencias.

Creo que se está escribiendo mucho tocando una sola teca. Yo he intentado trabajar con mi vida, no por egolatría, sino porque si uno puede llegar hasta el fondo de uno mismo sin autocomprensión, es posible que estés tocando el fondo de la humanidad entera. Todos somos más o menos metáforas de lo mismo; en ese viaje surge todo, surge la historia, surge la experiencia, lo febril, lo alucinatorio.

Sin embargo, tengo la sensación de que hay muchos poetas que trabajan con máscaras: Nicanor Parra se pone la máscara del Cristo Elqui, Matías Rivas se pone la máscara de los poetas latinos, y yo me pongo también una máscara, esa máscara se llama Zurita.

Creo que esa voz media ellos no la están tocando, y lo digo con respeto y con cariño, y no la están tocando porque son voces medias. Pero para tocar la experiencia de un simple ser humano es preciso llegar al fondo, a ese fondo donde tú eres físicamente capaz de matar a otra persona.

Si tú no eres capaz de matar a otro ser humano no vas a ser un poeta, pero si lo matas eres un asqueroso asesino; tienes que saber que lo puedes hacer, y la experiencia de la máscara está a medio camino.

Se ha reiterado que la experiencia del hombre común es algo simple, y no hay nada más complejo ni nada más heroico ni nada más cobarde y aburrido que la experiencia de un hombre común y corriente. Cada gris, de la experiencia que va del negro al blanco, es un universo entero.

Podría decirse que eres un poeta nacional, como Gelman en Argentina, como Mickiewicz en Polonia, como Whitman en Estados Unidos. ¿Compartes esta opinión?

No creo ser el vate de una nación, porque lo que intento hacer es precisamente mostrar un mundo arrasado y contaminado por la vida, y en ese mundo tú sí puedes ser muchos otros, puedes ser la voz femenina que habla en *Purgatorio*, puedes ser el tipo incestuoso que viola a su hija, puedes ser muchos personajes.

De hecho, que un torturador no hayas sido tú es producto del azar: todo lo monstruoso que hace un ser humano lo puedes hacer tú y todo lo bello de un ser humano también lo puedes hacer tú. O sea, en cada ser humano está contenida la experiencia de la humanidad entera.

Raúl Zurita

MI DIOS ES HAMBRE
MI DIOS ES NIEVE
MI DIOS ES NO
MI DIOS ES DESENGAÑO
MI DIOS ES CARROÑA
MI DIOS ES PARAÍSO
MI DIOS ES PAMPA
MI DIOS ES CHICANO
MI DIOS ES CÁNCER
MI DIOS ES VACÍO
MI DIOS ES HERIDA
MI DIOS ES GHETTO
MI DIOS ES DOLOR
MI DIOS ES
MI AMOR DE DIOS



Las últimas décadas del siglo XIX fueron un período de profunda transformación política, económica y social en América Latina. La vigorosa expansión de una economía exportadora, la democratización política en la mayoría de los países –limitadas, pero superior a lo que había existido hasta ese entonces– y la creciente urbanización fueron algunos de los aspectos modernizadores que permitieron a las élites soñar con optimismo el ansioso ingreso a la modernidad, tal como esta había sido definida en los centros de la civilización europea: racional, tecnológica, socialmente progresiva (Calinescu). América Latina había ocupado un rol ambivalente en el proceso histórico de la modernidad en Occidente. Aunque había, desde el siglo XVI, contribuido a su producción debido a que era la primera periferia de la Europa moderna, la alteridad contribuía definir la subjetividad moderna. Esta contribución la había llevado a cabo,

mujeres, en algunos países los inmigrantes) como consecuencia de los cambios en la sociedad, el dominio político de los sectores oligárquicos, en alianza con capitales extranjeros (de Europa y, cada vez más, de Estados Unidos), limitó la difusión de los más elementales derechos civiles que, en Occidente, habían servido de base para la creación del ciudadano moderno. Las fuerzas materiales de la modernización venían acompañadas por las promesas discursivas de la modernidad, pero no por la realización concreta de estas promesas. Se trataba, como señala José Cerna-Bazán, de una modernidad que estaba "en falta": era "reprimida y por ello, disperso, heteróclita". Sin embargo, ello no implicaba, como quisieron ver algunos intelectuales del período, que la modernidad no existiera como experiencia histórica en el continente: "Tal vez modernidad marginal, desigual, desformada (o designable con adjetivos similares), por

novela de Aguirre, el mestizaje en realidad esconde una compleja pero implícita jerarquización racial: la contribución criolla "blanca" en el mestizaje era vista como superior a la contribución indígena.

El mismo año de publicación de *Juan de la Rosa*, el historiador Gabriel René Moreno escribió "Nicómedes Antelo", texto que iniciaría el discurso de la degeneración en Bolivia. Este discurso, surgido en la segunda mitad del siglo XIX en Europa, trataba de explicar los "efectos" anormales de la modernización a través de teorías médico-biológicas. Hechos tan disímiles como la extrema pobreza, el aumento del crimen y la violencia, la alienación espiritual o la inestabilidad política eran susceptibles de ser explicados a través de este discurso. En sus teóricos más radicales, la patologización del análisis social llegó a situar como sujetos degenerados a un número cada vez más creciente de individuos que mostraban algún tipo de diferencia frente al ciudadano "normal" de la burguesía europea: a fines de siglo los degenerados podían ser tanto los criminales como los artistas, los homosexuales. Los judíos, o todos aquellos que no eran de raza "blanca". Los intelectuales latinoamericanos no tardaron en apropiarse de este discurso, pues permitía dar validez científica a prejuicios raciales que existían desde la colonia: nombres como los de Gobineau, Haeckel, Morel, Lombroso y LeBon se convirtieron en moneda corriente en la región. En los "sabios modernos" para concentrar su análisis en una clase particular de degeneración: la producida por causa de la mezcla racial. Si Aguirre podría, pese a sus jerarquizaciones, articular la nación a través del mestizaje, Moreno señalaba la imposibilidad de esta articulación si se quería pensar en una nación moderna. Los indios debían ser eliminados para así evitar el mestizaje: "la exterminación de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal". La masacre de Mohoza en 1899, en la que indios uímaras mataron a 130 soldados criollos y cometieron actos de antropofagia, pareció confirmar, en el grupo criollo, las sospechas de Moreno. El proceso Mohoza (1899-1904), en el que, a través del juicio a los aymaras participantes de la masacre, el universo criollo enjuició simbólicamente al indígena, inició el período del "darwinismo a la criolla" en Bolivia, marcado por la exacerbación del marxismo de la era republicana.

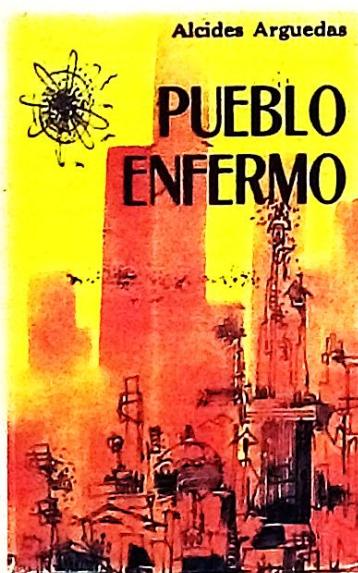
El escritor paceño Alcides Arguedas (1879-1946) apareció en un escenario cultural obsesionado por la búsqueda de los elementos esenciales de la identidad nacional, de las causas profundas de la inestabilidad republicana. Junto a él, intelectuales como Bautista Saavedra, Jaime Mendoza y Franz Tamayo intentaron respuestas marcadas por los tres factores principales identificados por el pensamiento determinista del francés Hippolyte Taine (*race, milieu, momento*), en la mayoría de los casos con clara preponderancia del factor racial. El problema era que, después de Mohoza, estaba claro que para los intelectuales era imposible postular el mestizaje como

Alcides Arguedas y la narrativa

El escritor y doctor en Lenguas y Literaturas Hispánicas, Edmundo

Edmundo

Alcides A y la narrativa de la



sobre todo, como un sujeto pasivo en el proceso global de la modernización. Los cambios en el fin de siglo harían del continente un sujeto activo, una parte fundamental del progreso científico y tecnológico, de la dramática reestructuración económica y social que caracterizaba a dicho proceso.

La modernización en el continente, sin embargo, fue desigual. Se produjo una ruptura del orden tradicional de las sociedades, pero no hubo, al mismo tiempo, el desarrollo de un nuevo espíritu moderno, civilizador, burgués, al menos no de manera plena, capaz de convertirse en el nuevo *ethos* dominante, hegemónico. Ante la emergencia de nuevos actores sociales (las clases populares, las

esas causas, pero al mismo tiempo real y necesaria en sus propios territorios, en cuanto prolifera desde sus propios ejes y sus propias posibilidades" (Cerna-Bazán).

La era moderna se inició en Bolivia en 1880, cuando, después de la derrota ante Chile en la guerra del Pacífico, la élite minera e industrial creó los partidos liberal y conservador e impulsó un proyecto modernizador que, como en otros países del continente, se concentraba en el progreso económico de la nación y no en la transformación de las tradicionales estructuras de participación ciudadana, que excluían de la esfera pública a la mujer y al indígena. La literatura de la época registró la configuración simbólica de este proyecto en la novela *Juan de la Rosa*, de Nataniel Aguirre (1885). En este texto, considerado por la crítica como la ficción fundamental de Bolivia, se postulaba al mestizaje como el elemento integrador de la nacionalidad. Pese a su aparente connotación positiva en la

elemento cohesionador de la nacionalidad. Lo mestizo adquirió una connotación negativa –lo cholo–, y, como señala agudamente la historiadora Marta Irurozqui, las definiciones de la identidad nacional quedaron suspendidas entre una utopía (el mestizaje) y una fatalidad (lo cholo).

En el caso de Arguedas, los prejuicios raciales venían acompañados de un cuestionamiento de los triunfos del proyecto oligárquico, en el contexto histórico negativo de los primeros años del siglo: la guerra civil de 1899, Mohoza, la derrota en la guerra del Acre con Brasil y el tratado desfavorable con Chile en 1904, por el cual Bolivia renunciaba a la salida al mar a cambio de compensación económica. El cuestionamiento de Arguedas no se refería a la limitada democratización de la esfera pública, sino a la forma casi exclusivamente material con la que parecía entenderse la idea del progreso. Aunque Arguedas reconoció que este proyecto había producido cambios notables en la nación, tales como la vinculación de algunas regiones a través del ferrocarril, su crítica se debía al hecho de que estos cambios no atacaban la raíz del problema: la necesidad de una "regeneración" del



de la nación enferma

Almundo Paz Soldán, propone una lectura crítica en su obra *El curso de la degeneración en las obras del historiador y novelista boliviano*

Paz Soldán

Arguedas a nación enferma



ción, la herencia": cumple con el ineludible deber de declarar que no he andado muy corto de vista al analizar, desde Europa, los males que gangrenan el organismo de mi país, y los cuales –y esto es preciso no olvidarlo para ser más equitativos– no son exclusivos de él y sí muy generalizados no sólo en nuestros países hispano-indígenas.

Sin embargo, este diagnóstico se hallaba sobre determinado negativamente desde el principio, pues era hecho con la mediación del discurso europeo de la degeneración, que condenaba de antemano a las sociedades hispanoamericanas debido a su inferioridad racial. La apropiación de este discurso científico europeo podía en algunos casos ser vista, de manera paradójica, como una forma de regeneración, una suerte de ingreso a la modernidad y afirmación de una nueva cultura y un nuevo sujeto histórico. Esto no ocurrió con Arguedas; su obra, que buscaba la regeneración del país a partir de un discurso de la degeneración, se hallaba, de entrada, limitada en sus posibles respuestas a la crisis. De hecho, Arguedas jamás pudo escapar al determinismo tan predominante en el pensamiento científico de finales del XIX. Sus intentos regeneracionistas terminaban ahogados por su íntima convicción de que los males del país eran inherentes a su composición racial, y por lo tanto carecían de solución. La derrota en la guerra del Chaco con el Paraguay (1932-1935) lo llevó a admitir explícitamente lo que se podía leer de forma implícita en sus textos: era inútil cualquier terapéutica, Bolivia jamás sería un país moderno. Así, toda su obra, tanto sus novelas como su obra historiográfica y sociológica, puede leerse como la narración lineal de la enfermedad, del fracaso de Bolivia en su intento de constituirse en una nación moderna.

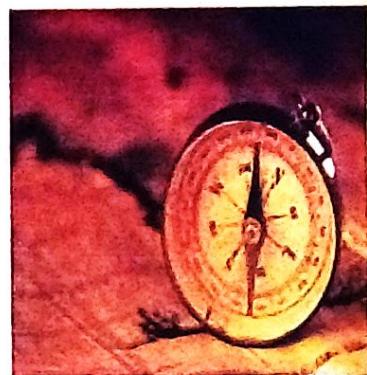
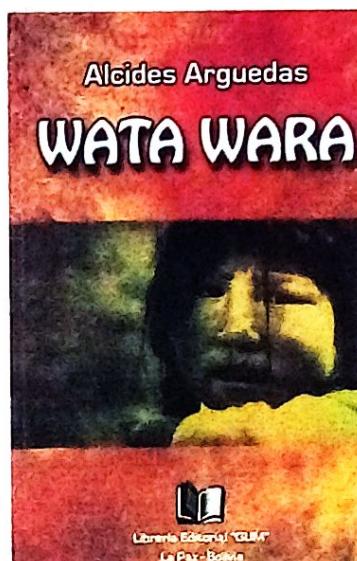
Arguedas vaciló entre la literatura y las disciplinas de las ciencias sociales. Aunque comenzó escribiendo novelas, nunca terminó de sentirse cómodo con estas. La literatura era para él un medio para un fin, no un fin estético en sí mismo: las novelas le permitían explorar, en el código del realismo con matizadas naturalistas, las leyes de funcionamiento de la realidad social, en este sentido, su antímodelo era el modernismo, a quien veía algo estereotípicamente, como un movimiento escapistico cuyo principal error era dar la espalda a la realidad del continente, loar "las cabelleras blondas y los ojos azules de sus amadas" sin percatarse de que "por las venas de sus amadas corre pura sangre mestiza y que sus cabelleras no son blondas, sino negras, y no azules sus ojos, sino pardos y negros...". La intención de Arguedas se intervén en el debate público terminó chocando con sus percepciones de que las novelas no eran tomadas en serio y eran vistas, a lo sumo, como sofisticados entretenimientos. Poco a poco, su literatura fue dando paso a la sociología con *Pueblo enfermo* (1909), y a la historia, en la década de los 20. El abandono de la literatura nunca fue total; de hecho, publicó la novela *Raza de bronce* en 1919, y continuó revisándola hasta el final de sus días. Aún en ese

caso, gran parte del valor que le asignaba se debía a su creencia algo ingenua en que esta había producido cambios importantes en la realidad nacional.

En lo que jamás vaciló Arguedas fue en su postura moralista. Sus novelas eran, por ello, melodramas. El melodrama fue el modo narrativo preferido por los escritores latinoamericanos del fin de siglo, debido a su flexibilidad para narrar cuestiones del deseo y sus excesos en sociedades inestables, en flujo. Las novelas fundacionales del XIX pueden leerse como alegorías de la nación que proponen modelos de armonía social a través de alianzas familiares entre razas y clases: son narrativas románticas en las que el deseo tiene un fin útil, si halla subordinado a los proyectos liberales de construcción nacional. Los acelerados cambios en la sociedad del fin de siglo atacan este modelo; lo que pasa a priori pleno en escritores como José Martí y

puede verse una profundización de su visión histórica, un intento de narrar los males nacionales a partir de la "barbarie" de los caudillos mestizos del XIX, y de su relación dialéctica con la masa popular. Su creciente interés en la historia terminó convirtiéndolo en historiador: en los años 20, con la ayuda del industrial minero Simón I. Patiño, publicó *Historia general de Bolivia*, de la cual llegó a escribir cinco de los ocho volúmenes proyectados. A pesar de sus declaradas intenciones positivistas de narrar los hechos con objetividad, su obra historiográfica era, en realidad, muy subjetiva. Más que precisión factual, lo que Arguedas percibía haber encontrado en su nueva disciplina era un espacio desde el cual su intervención en el debate público sería tomada en serio.

Esta intervención era muy moralista: Arguedas creía que la historia era "moral en acción", que las lecciones del pasado podían



VIDA CRIOLLA (LA NOVELA DE LA CIUDAD)

ALCIDES ARGUEDAS

mercedes Cabello de Carbonera son los problemas causados por el descontrol del deseo, para los cuales el melodrama era un modo narrativo más apropiado que el romance. Para Arguedas, el melodrama era atractivo porque permitía simplificar la confusión social en una única lucha entre la virtud y el vicio, ante la cual era fácil adoptar una postura moral. Su uso del discurso de la degeneración complicó este panorama, pues en sus novelas incluso la virtud resultaba, de un modo u otro, degenerada. El melodrama arguediano es la visión de un pueblo en el que todos están enfermos, en el que lo que cambia es la gravedad de la enfermedad.

La enfermedad nacional fue también explorada históricamente por Arguedas, con limitaciones de periodización: su cronología comenzaba en 1809 para concentrarse en el período republicano. Sus dos primeras novelas usaron hechos históricos como contexto para la trama; a partir de *Pueblo enfermo*,

servir para enseñar a los bolivianos la forma adecuada de comportamiento para evitar la repetición de los males: su *Historia General*, ese libro "severo, triste, honesto y de una moral trascendental" estaba dedicado "a la juventud estudiosa de mi país... porque, a través de la desolación que descubre el libro sugiere, implícitamente, el deber de abandonar ya la tortuosa senda trillada hasta aquí, para emprender por nuevas y anchas rutas si es que de veras se ama la patria y se tiene fe en sus destinos".

La dedicatoria no decía que la sugerencia implícita era ahogada por un texto muy explícito en su condena determinista de la nación.



Pueblos terrosos, vidas derrotadas

* Carlos Medinaceli

Vivir en una aldea, o verse obligado a acudir a ella por alguna necesidad premiosa, cuando se habita, como yo ahora, en pleno campo agreste, donde se carece de todo, es para conocer la vida nacional en su intimidad... Mal que bien, las ciudades y algunas capitales de provincia, ofrecen facilidades para la vida y hasta se puede disfrutar de algunos momentos de cordial comprensión de espíritu con algún raro hombre: vivir en estos pueblos terrosos, sin más forzada convivencia que estas vidas derrotadas de la aldea indio-mestiza, es para experimentar todo lo áspero, hirsuto, incomprensivo, huraño y hostil que tiene el alma del aldeano, expresión de la tierra misera, del terrazgo duro, de la serranía hosca, de la montaña abrupta, de todo lo inculto, solitario y zahánero que conservan estas peñeras en cuyas faldas se agarran los caseríos del villorrio o del burgo que desafían los accidentes de la topografía, se agazapa en el fondo de las quebradas.

El hombre de la ciudad –si es culto, abierto de espíritu, comunicativo y sociable– de lo primero que sufre en la aldea es de la falta de la convivencia social. Por lo pronto alternar con los indios, aunque mal que bien se conozca el idioma, es difícil y la intercomunicación casi imposible. Por la abismática distancia de cultura y sensibilidad. Los indios viven en un orbe distinto, con preocupaciones tan ajenas a la cordialidad espiritual que el deportar obligado es un sacrificio para ambos, un sufrimiento antes que un placer: el indio se esforzará en vano para ponerse a la altura del citadino; este hará esfuerzos inútiles por rebajarse al nivel del indio, hombre puramente elemental, *sellah*.

Cuanto al habitante de la aldea, lo primero que choca en él es su horror a la comunicación con “el forastero”, el extraño. Y es que, en esencia, no es que el aldeano es huraño sólo con el “forastero”: lo patético es su carencia de sensibilidad social, su hirsuto individualismo, siempre “a la defensiva” y, en suma, su falta de humanidad, su inhumanismo.

Podría narrar, al respecto, casos que espantan. Como a unos cien metros, apenas, de mi actual morada, hay un caserón patriarcal. La familia que lo habitaba se componía del padre, tres hijos varones y tres mujeres. Murió el padre; los varones emigraron en pos de trabajo a las minas del Chorolque y Chocaya: las tres hermanas quedaron en el caserón. Pronto, incapaces de convivir en hogareña fraternidad, velando juntas por la heredad paterna, surgieron las enconadas disputas por la casa y por pequeñas parcelas de sembradío que les correspondió en el deslin-

de hereditario. Empero esto no es lo malo: la mayor de las hermanas comenzó a sufrir de parálisis desde su adolescencia. Ella ha ido en progreso. Actualmente está completamente baldada de las extremidades inferiores: no puede moverse de su lecho, pues las hermanas menores, después de que se dividieron el caserón, hicieron poner una puerta de calle –que en este caso lo propio sería decir “puerta de campo”– distinta a cada parte. Ahora no visitan a “la tullida” –así la designan– sino cuando a ello les impulsa el interés. La hermana menor, especie de Harpagon con faldas, de un extenso a intensivo sentido económico, poco menos que nunca va donde la hermana baldada. Se explica: no necesita de ella. La otra, que es “una divertida”, lo hace

un adaptado al medio, aunque ese miedo es tan desolado y huraño, tan avaro con el medio es tan desolado y huraño, tan avaro con el hombre como es el altiplano. Precisamente por eso el indio vive más ligado a la tierra dura, porque como con tal certeza penetración ya dijo Romain Rolland en *Juan Cristóbal*: “no son los países más hermosos ni aquellos en que la vida es más agradable los que adquieren mayor imperio sobre el corazón, sino aquellos en que la tierra es más desnuda, se halla más cerca del hombre y le habla en un lenguaje íntimo y familiar”.

En cambio, los que poco o nada tenemos de indio, los que por nuestra malaventura somos un retoño enteco y reseco del viejo

madre con la costura y enseñando a leer a algunos rapaces del villorrio.

Me cuentan ahora que Rosalía, no pudiendo sobrevivir a la muerte de su madre, falleció también poco después. Feliz ella que murió a tiempo.

Hay otra, que viéndose obligada a vivir en compañía de la manceba de su hermano, una chola gruesa y grasa, vendedora de chicha y *cañazo*, se ha enloquecido. Y hay el caso de la señorita de fina estirpe castiza que ha concluido por ser querida, de un cholo que, a cambio del dinero que él gasta en copas, –dinero de la mujer– le suministra cada paliza, con rebenque trenzado, como acostumbra hacer con los caballos cuando quiere dárseles de domador de bestias bravas.

Ella se ha sometido a ponerse pollera, a “cholificarse”. Lo conmovedor, en provincias, no es el caso del “caballero”, del “decente” que se “enchola”. Eso es pan de cada día. Lo doloroso es el caso de la señorita de abolengo que se “cholifica”. Para ella es la pateadura, el látigo a ir a quejarse al demonio.

Hay ocasiones en que a uno le persigue la obsesión de la tierra. No de la buena tierra lluviosa, con olor a mujer enamorada, o de la tierra de labor, con sabor de fecundidad propicia a la cimentera, sino de lo “terroso”, del poblacho todo con casas de adobe, con techumbre de “torta” y el piso polvoriento, y de la tierra que el viento comienza por llenar los muebles, el lecho, el vestido, el agua de beber y que hace lagrimear los ojos y se impregna en los dientes y concluye por entrarse en el espíritu. La aldea es terrosa y esa terrosidad que se respira por todas partes, ha terrorizado también las almas y los corazones.

A la margen izquierda de un río de mero caudal, un arroyo apenas, sobre la falda de una lomería cenicienta, de ralo monte de churqui, se asienta el pueblo de Chocloca. La entrada al villorrio hay que hacerla forzosamente por una especie de zaguán angosto y empinado con muladar donde amontona la basura que unos cerdos flacos van osando con obstinada porfía.

Se desemboca en la plazoleta del lugar, un cuadrilátero irregular con un seco molle en el centro. En la vereda norte, la iglesia, con el enjalme lavado por las lluvias y la techumbre derrumbada en el ala derecha. Sepulcral silencio en el contorno. Todas las puertas de calle y de tiendas, cerradas.

El caminante va luego por una larga callejuela abrumada de sol y soledad. Alguno raro vecino, al escuchar el inusitado tropel de un caballo, asoma curioso, su faz a la puerta de un tenducho. Luego, al punto, vuelve esquivo, a ingresar a su morada.

* Carlos Medinaceli.
Escritor, crítico literario y educador.

Sucre, 1898 – 1949.

De: “Ensayos escogidos” 2014.



sólo por saquearla, sin en menos escrupuloso, lo poco que ya a la paralítica le resta de su patrimonio.

La hermana mayor está hoy al borde la miseria naturalmente. Nadie ha tenido jamás un gesto de piedad con ella. No quiero referirme a los pormenores que, por la infamia que revelan, ofenden la dignidad humana.

Una prima mía, se largó en luciferinas vociferaciones, en mi contra, porque se rompió una taza de café, que por casualidad me invitó una mañana en que yo –esto pasó en la capital de provincia– no pude conseguir un vaso de agua, porque allí, el agua, es un artículo de lujo. Este dato, para su “Itinerario Espiritual de Bolivia”, querido y nobilísimo José Eduardo...

Se ha ideologizado mucho acerca del indio. Lo que voy a decir, a buen seguro, no es una novedad. El indio, por mucha trabajosa que sea su vida, vive, en cambio, de acuerdo con lo que la terminología spengleriana diríamos “su paisaje”. Es un fruto de la tierra. Ella es su madre “la madre tierra”, la “Pachamama”. Telúrica y étnicamente es

tronco hispano, esos, resultamos ajenos al paisaje y vivimos con un ala sin tierra donde adherimos, con anhelos de otro clima de la cultura. Cargamos en el espíritu todo el quebranto de nuestra desventura étnica y, fatalmente, nos sentimos con algo malogrado: hemos nacido condenados al fracaso. No nos queda otra cosa que la resignación inerte ante la vida derrotada.

De esta clase de “vidas derrotadas” he encontrado algunos arquetipos en la aldea terrosa. ¡Qué emoción tan amarga me sobrecogió! –hace ya años de esto– cuando al visitar la aldea de Chocloca, encontré ahí perdida en medio de la rústica pardura de la indiada y la chillería polícroma de la chola en fiesta, a una joven de marfileña fisognomía y grácil tallo, vestida de blanco y con una expresión de infinita tristeza en las verdes pupilas. Su padre fue un rico hacendado, de estas regiones, don Juan Arraya. Muerto él, la madre perdió casa y hacienda en manos de los rúbulas del burgo mestizo. Pronto cayó en la miseria. Rosalía –así se llamaba la muchacha exótica de la aldea parda– sostenía en su digna, pobreza a la

Llamadas telefónicas

* Roberto Bolaño

B está enamorado de X. Por supuesto, se trata de un amor desdichado. B, en una época de su vida, estuvo dispuesto a hacer todo por X, más o menos lo mismo que piensan y dicen todos los enamorados. X rompe con él. X rompe con él por teléfono. Al principio, por supuesto, B sufre, pero a la larga, como es usual, se reponen. La vida, como dicen en las telenovelas, continúa. Pasan los años.

Una noche en que no tiene nada que hacer, B consigue, tras dos llamadas telefónicas, ponerte en contacto con X. Ninguno de los dos es joven y eso se nota en sus voces que cruzan España de una punta a la otra. Renace la amistad y al cabo de unos días deciden reencontrarse. Ambas partes arrastran divorcios, nuevas enfermedades, frustraciones.

Cuando B toma el tren para dirigirse a la ciudad de X, aún no está enamorado. El primer día lo pasan encerrados en casa de X, hablando de sus vidas (en realidad quien habla es X, B escucha y de vez en cuando pregunta); por la noche X lo invita a compartir su cama. B en el fondo no tiene ganas de acostarse con X, pero acepta. Por la mañana, al despertar, B está enamorado otra vez. ¿Pero está enamorado de X o está enamorado de la idea de estar enamorado? La relación es problemática e intensa: X cada día bordea el suicidio, está en tratamiento psiquiátrico (pastillas, muchas pastillas que sin embargo en nada la ayudan), llora a menudo y sin causa aparente. Así que B cuida a X. Sus cuidados son cariñosos, diligentes, pero también son torpes.

Sus cuidados remedan los cuidados de un enamorado verdadero. B no tarda en darse cuenta de esto. Intenta que salga de su depresión, pero sólo consigue llevar a X a un callejón sin salida o que X estima sin salida. A veces, cuando está solo o cuando observa a X dormir, B también piensa que el callejón no tiene salida.

Intenta recordar a sus amores perdidos como una forma de antídoto, intenta convencerse de que puede vivir sin X, de que puede salvarse solo. Una noche X le pide que se marche y B coge el tren y abandona la ciudad. X va a la estación a despedirlo. La despedida es afectuosa y desesperada. B viaja en litera pero no puede dormir hasta muy tarde. Cuando por fin cae dormido sueña con un mono de nieve que camina por el desierto.

El camino del mono es limítrofe, abocado probablemente al fracaso. Pero el mono prefiere no saberlo y su astucia se convierte en su voluntad: camina de noche, cuando las estrellas heladas barren el desierto. Al despertar (ya en la Estación de Santos, en Barcelona) B cree comprender el significado del sueño (si lo tuviera) y es capaz de dirigirse a su casa con un mínimo consuelo.

Esa noche llama a X y le cuenta el sueño. X no dice nada. Al día siguiente vuelve a llamar a X. Y al siguiente. La actitud de X cada vez es más fría, como si con cada llamada B se estuviera alejando en el tiempo. Estoy desapareciendo, piensa B. Me está borrando y subo qué hace y por qué lo hace.

Una noche B amenaza a X con tomar el tren y plantarse en su casa al día siguiente. Ni se te ocurrir, dice X. Voy a ir, dice B, ya no soporto estas llamadas telefónicas, quiero verte la cara cuando te hablo. No te abriré la



puerta, dice X y luego cuelga. B no entiende nada. Durante mucho tiempo piensa cómo es posible que un ser humano pase de un extremo a otro en sus sentimientos, en sus deseos. Luego se emborracha o busca consuelo en un libro. Pasan los días.

Una noche, medio año después, B llama a X por teléfono. X tarda en reconocer su voz. Ah, eres tú, dice. La frialdad de X es de aquellas que erizan los pelos. B percibe, no obstante, que X quiere decirle algo. Me escucha como si no hubiera pasado el tiempo, piensa, como si hubiéramos hablado ayer. ¿Cómo estás?, dice B. Cuéntame algo, dice B. X contesta con monosilabos y al cabo de un rato cuelga. Perplejo, B vuelve a discar el número de X. Cuando contestan, sin embargo, B prefiere mantenerse en silencio. Al otro lado, la voz de X dice: bueno, quién es. Silencio.

Luego dice: diga, y se calla. El tiempo –el tiempo que separaba a B de X y que B no lograba comprender– pasa por la línea telefónica, se comprime, se estira, deja ver una parte de su naturaleza. B, sin darse cuenta, se ha puesto a llorar. Sabe que X sabe que es él quien llama. Despues, silenciosamente, cuelga.

Hasta aquí la historia es vulgar, lamentable, pero vulgar. B entiende que no debe telefonear nunca más a X. Un día llaman a la puerta y aparecen A y Z. Son policías y desean interrogarlo. B inquieta el motivo. A es remiso a dárselo; Z, después de un torpe rodeo, se lo dice. Hace tres días, en el otro extremo de España, alguien ha asesinado a X.

Al principio B se derrumba, después comprende que él es uno de los sospechosos y su instinto de supervivencia lo lleva a ponerse en guardia.

Los policías preguntan por dos días en concreto. B no recuerda qué ha hecho, a quién ha visto en esos días. Sabe, cómo no lo va a saber,

B acepta el café, luego le dice que se acaba de enterar del asesinato de X, que la policía lo ha interrogado, que le explique qué ha ocurrido. Ha sido algo muy triste, dice el hermano de X mientras prepara el café en la cocina, pero no veo qué tienes que ver tú con todo esto.

La policía cree que pudo ser el asesino, dice B. El hermano de X se ríe. Tú siempre tuviste mala suerte, dice. Es extraño que me diga eso, piensa B, cuando yo soy precisamente el que está vivo. Pero también le agradece que no ponga en duda su inocencia. Luego el hermano de X se va a trabajar y B se queda en su casa. Al cabo de un rato, agotado, cae en un sueño profundo. X, como no podía ser menos, aparece en su sueño.

Al despertar cree saber quién es el asesino. Ha visto su rostro. Esa noche sale con el hermano de X, entran en bares y hablan de cosas banal, y por más que procuran emborracharse no lo consiguen. Cuando vuelven a casa, caminando por calles vacías, B le dice que una vez llamó a X y que no habló. Qué putada, dice el hermano de X. Sólo lo hice una vez, dice B, pero entonces comprendí que X solía recibir ese tipo de llamadas.

Y creía que era yo. ¿Lo entiendes?, dice B. ¿El asesino es el tipo de las llamadas anónimas?, pregunta el hermano de X. Exacto, dice B. Y X pensaba que era yo. El hermano de X arruga el entrecejo; yo creo, dice, que el asesino es uno de sus ex amantes, mi hermana tenía muchos pretendientes. B prefiere no contestar (el hermano de X, a su parecer, no ha entendido nada) y ambos permanecen en silencio hasta llegar a casa.

En el ascensor B siente deseos de vomitar. Lo dice: voy a vomitar. Aguántate, dice el hermano de X. Luego caminan aprisa por el pasillo, el hermano de X abre la puerta y B entra disparado buscando el cuarto de baño. Pero al llegar allí ya no tiene ganas de vomitar. Está sudando y le duele el estómago, pero no puede vomitar. El inodoro, con la tapa levantada, le parece una boca toda encías riéndose de él. O riéndose de alguien, en todo caso. Después de lavarse la cara se mira en el espejo: su rostro está blanco como una hoja de papel.

Lo que resta de noche apenas puede dormir y se lo pasa intentando leer y escuchando los ronquidos del hermano de X. Al día siguiente se despiden y B vuelve a Barcelona. Nunca más visitaré esta ciudad, piensa, porque X ya no está aquí.

Una semana después el hermano de X lo llama por teléfono para decirle que la policía ha cogido al asesino. El tipo molestaba a X, dice el hermano, con llamadas anónimas. B no responde. Un antiguo enamorado, dice el hermano de X. Me alegra saberlo, dice B, gracias por llamarne. Luego el hermano de X cuelga y B se queda solo.

* Roberto Bolaño Ávalos.
Escritor, novelista y poeta chileno
(1953 – 2003).

que no se ha movido de Barcelona, que de hecho no se ha movido de su barrio y de su casa, pero no puede probarlo. Los policías se lo llevan. B pasa la noche en la comisaría.

En un momento del interrogatorio cree que lo trasladarán a la ciudad de X y la posibilidad, extrañamente, parece seducirlo, pero finalmente eso no sucede. Toman sus huellas dactilares y le piden autorización para hacerle un análisis de sangre. B acepta. A la mañana siguiente lo dejan irse a su casa. Oficialmente, B no ha estado detenido, sólo se ha prestado a colaborar con la policía en el esclarecimiento de un asesinato. Al llegar a su casa B se echa en la cama y se queda dormido de inmediato. Sueña con un deserto, sueña con el rostro de X, poco antes de despertar comprende que ambos son lo mismo.

No le cuesta demasiado inferir que él se encuentra perdido en el desierto.

Por la noche mete algo de ropa en un bolso y se dirige a la estación en donde toma un tren con destino a la ciudad de X. Durante el viaje, que dura toda la noche, de una punta a otra de España, no puede dormir y se dedica a pensar en todo lo que pudo haber hecho y no hizo, en todo lo que pudo haber hecho y no hizo. También piensa: si yo fuera el muerto X no haría este viaje a la inversa. Y piensa: por eso, precisamente, soy yo el que está vivo.

Durante el viaje, insomne, contempla a X por primera vez en su real estatura, vuelve a sentir amor por X y se desprecia a sí mismo, casi con desgana, por última vez. Al llegar, muy temprano, va directamente a casa del hermano de X. Éste queda sorprendido y confuso, sin embargo lo invita a pasar, le ofrece un café. El hermano de X está con la cara recién lavada y a medio vestir.

No se ha duchado, constata B, sólo se ha lavado la cara y pasado algo de agua por el pelo.

ntonio Terán Cabero

José Antonio Terán Cabero. Cochabamba, 1932. Poeta y abogado. En poesía ha publicado *Puerto imposible* (1963), *Y negarse a morir* (1979), *Bajo el ala del sombrero* (1989), *Ahora que es entonces* (1993), *De aquel umbral sediento* (1998), *Boca abajo y murciélagos* (2003). En 2013 aparecieron sus poemarios: *Escrito en el agua*, *La noche del buscador* y *Obra poética*.



A

antífonas

cavas en mí o cavo yo
en tu vientre esta sed
cavas espejos ávidos me engullies
iluminas con lenguas fosfóricas mi boca
lubricas en mi cuerpo
inesperados fuégos el invierno amanece
ardo entre sus muslos recuperó mi nombre

como gota me horadas
ensimismado poderío
corza de mi costado más sangrante
ilusionas los ángeles despiertas
lágrimas en el vino dionisíacas
imágenes que duran lo que un párpado
amamantás mi vuelo

celeste sobre todo celeste
eres címbalo
címbalo
- ingravidá mi voz
leve en mi mano te despides
interludio de dos albas
abres la puerta en mi castillo de elsinor

ciñéndome de alfanjes te oscureces
en el ojo de un lirio
cubres la luz con sórdidas muralla
interrumpes la vida que me diste
laceras los más puros pedestales
injurias a los pétalos a la esperanza injurias
arrastras hojas muertas por mi casa

ciñéndome de labios te iluminas
en el ojo de un lirio
creas la luz con fulgidas murallas
inmaculas la vida que me diste
limpias de telarañas los cristales llagados
inauguras los pétalos renaces desde siempre
apacientes aromas en mi casa

contigo
en mí
conmigo
idénticos
luminosos
infinitos
arbóreos

cuando estalla la noche
en un minuto
cincelado y perfecto
inesperadamente mi cabeza
lapidaria
irrespetuosa
anatemiza sin motivo aparente

claridades tus senos en mis manos
esas alas
cabe lengua tu ombligo sabe a mieles

insólitas el musgo en que me hundo
los incendios labradores
incendio las palabras y los surcos
algo así como beber el horizonte por la tarde

color de mi color yo te prefiero
echo a volar luciérnagas
curiosas y las dagas
ira que no destruye que proclama
lirios del valle
inconstante color sin pertinacia
atadura la bella
que desata nudos de marinera

centro del mundo un canto
en alabanza de tu rostro
casi en el agua de tu beso
inmóvil otra vez el pensamiento
luce su plena soledad celeste
irredento el deseo
a solas la palabra que te nombra

cantar cantar tu risa
en esta página
corsario de tu brida y de tu yegua
irme a tu infierno padeceré
látigo en mano herida que los dioses
inflijen con dulzura
agonizar en ti dentro de ti reconocerme

costurera que urdes dulces hilos
enmarañas el tiempo
con solo una mirada
interminablemente
dentro un vaso de vino
lamo yo tus costuras en mi cuerpo
inencontrable ayer
arrebatado a los sepulcros
por la brisa de un ala

[si no estuviera el cosmos enlutado]

si no estuviera el cosmos enlutado
porque soñé una piedra por refugio
si mi amor no viviera de transfusión
y en medio de sus olas fuera anclado

si bastara mi hueso enamorado
para trocar en fuego subterfugio
y de pronto desnudo de artificio
refugiárame en ti bien entrañado

si mi pez constreñido a su pecera
nadara entre las aguas de ese disco
donde acecha tu lúcido mordisco

si este baile no fuera basilisco
y en vez de condenarme a tanta espera
me apretaras un poco a tu cadera.

la muerte se defiende

bien mirada ceniza tus palabras
que mañana ha de barrer el viento

todo devuelto a su primera lágrima
como vómito al plato
y tú has vivido para verlo

no siembro oscuridades
ni ciego los arroyos
recojo los despojos de tu calle

está por cierto aquel espacio
entre el alba y la noche
la música anterior
a la mudez del pájaro

de blanqueados sepulcros es la tierra
y son cada vez menos
los que tañen el arpa

a limpiar tu basura no me humilles
trátame con respeto

escucha a navokov
y deja en paz la triste muerte

sucede en otros ojos

el aire ondula con el fuego
que ondula con la tierra
que ondula con el agua

en ese oleaje
el tiempo inexorable
y las corales
voz por su muerte

si envejeció en la calle
y el insulto
la puebla de bullicio
esa anciana
ensombrece
la canción de los grillos

es verdad que el otoño
del otoño
mis huesos
su cuerpo deshojado

pero también
dorada lumbre
en la ceniza de sus labios

y que salvo el crepúsculo
insalvable
la pesadumbre nuestra
sucede en otros ojos

Respecto de su vena poética, Igor Quiroga afirma que *José Antonio Terán Cabero encadena dos tiempos que parecen fundadores de toda su visión poética: el pasado, un orden vital totalmente puro en su sensible cumplimiento y que cimenta, beneficia la voz del otro tiempo, y, un presente que inscribe en lucidez su efectivo enclave con ese pasado. Poesía de los vínculos, los enlaces, los pasajes, podría signar una aproximación cierta de las visiones de Proust.*

Adiós al poema

El poeta y crítico literario francés Jean-Michel Maulpoix (1952) reflexiona sobre el arte poética develando la breve historia de una crisis dentro el orbe literario. El texto ha sido traducido por Gustavo Osorio. Fuente: poéticas.org

Segunda de 3 partes

Cuando los románticos substituyen los valores de expresión –que son la sensibilidad, el movimiento, la independencia, la improvisación y la expresividad– con los valores de la imitación de los clásicos y se presentan más como liberadores que herederos, es entonces que gana el poder de enlace de lo poético, incluso en el drama.

Llevado por un discurso, así como por una mitología de la inspiración, esta continuidad asegura igualmente la sustentabilidad de una memoria de obras: así Víctor Hugo se filia a favor de Virgilio, de Dante y de Shakespeare.

3. LA DERROTA

En *Las flores del mal* de Charles Baudelaire, el conflicto del *spleen* y del ideal se presenta desesperado e irresoluto. Si los tiempos románticos hacen entender “el tempestuoso conflicto de todas las cosas y de todos los hombres”, el “traqueteo de espadas siempre desenvainadas” deviene un duelo, por otra parte, solitario y angustioso que ve la luz a mediados del siglo XIX: aquél del artista y del Arte, del cual no se puede salir salvo “vencido”.

Este tiempo es por excelencia aquel de la herida que fluye y de la sangre que se fija.” Es el momento de la crucifixión del poeta. Clavado en la cruz del poema como sobre una “horca simbólica” (verticalidad del ideal / horizontalidad del *spleen*) Baudelaire evoca el romanticismo en términos de *estigmas*.

Su figura de poeta que agoniza entre los “remordimientos”, lanzando su plegaria hacia el cielo vacío y bañado de un hemorrágico atardecer del cual el joven Mallarmé perpetuará en “Las ventanas” la inquietante visión. Aquí el lirismo desangrándose sobre el blanco.

La estrella matinal que en Hugo indicaba el porvenir no brilla más en el cielo “fangoso y negro” de Baudelaire. En Mallarmé, este mismo cielo será llamado “muerto”, siempre vacío de sus portentos, sus dioses y sus climas, emblanquecido por las luces artificiales de la ciudad, las pálidas luces de gas “dispensadores modernos del Éxtasis”.

Suspendidos en medio del salón de una calle de Roma o de una sala de teatro, los “falsos cielos eléctricos”, los cristales de un “pesado lustre, evocador de múltiple de motivos” darán lugar a los astros del escritor.

En Baudelaire se retira y agoniza el Dios del cual Mallarmé seguirá las exequias. En su París lluvioso arriba el otoño con la llorosa queja donde Verlaine y Rimbaud hacen resonar el Adiós (“¡El otoño ya!”), mientras que Mallarmé se enfoca en “el invierno lúcido”.

Baudelaire observa en sus propios versos cómo se oculta el sol romántico el cual en Verlaine se ahoga tras haber lanzado la jarra de cerveza de Rimbaud en sus últimos rayos oblícuos.

Pronto quedarán cerradas, como sobre una tumba, las puertas con doble cerrojo por el “pequeño poema en prosa” escrito “A una hora de la mañana”.

La obra de Arthur Rimbaud lleva la energía del lirismo a su punto de ruptura. La efervescencia extrema del imaginario en su lengua sitiada y “enamorada de visiones” no puede sino conducir a la implacable acusación del fracaso del Sueño.

De manera que la prosa de *Una temporada en el Infierno* deviene liquidación del poema, caída brutal del lirismo plegado sobre la tierra, “saldo” de las “invenciones de lo inusitado”, de las “energías corales y orquestales”, de los “saltos de armonía inusitados” y de toda “Alquimia del verbo”.

El poema no sabrá ser ya el lugar del embellecimiento o del enganche, un espacio de protección, de reparación y de beneficio cualitativo.

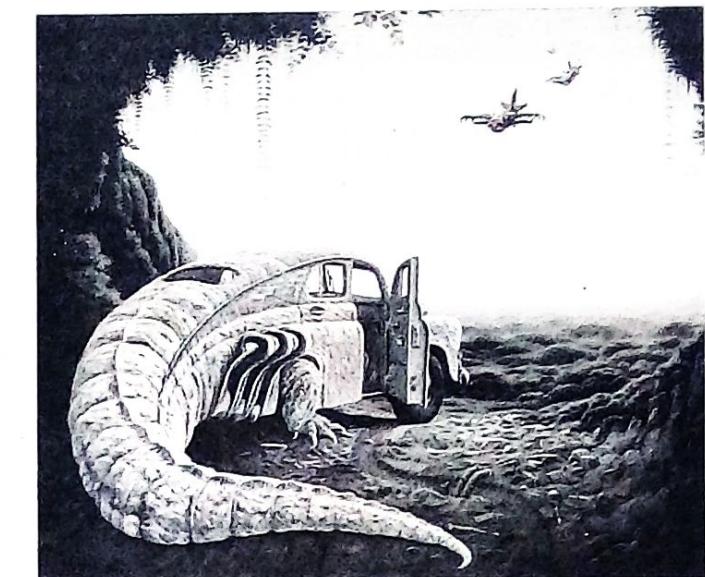
Quemado por el fuego de las imágenes, se vuelve “desierto del amor”, mientras repite la inexorable agitación del deseo. Aquí, a manera de prueba, aparece un saber de otro tipo: este saber que es adquirido negativamente, en la repetición desesperanzada de lo andado y del fracaso. No se puede seguir descendo aquello de lo que se sabe se será siempre carente.

4.- LA INCISIÓN

Después de mediados del siglo XIX, que vio nacer a la poesía moderna, el poema deviene este objeto del lenguaje que muestra la *incisión*, o que insiste sobre esa herida, al no cesar de recordar la pérdida de lo divino y la extrema soledad de la criatura.

El poema no es ya aquel que enlaza, trae y vuelve a leer inagotable, tal como un gran “hermeneuta”, la Creación.

Deviene más bien aquel que escasea, transgrede y obscrece. Ya no hay entonces una filiación asegurada: la relación con la tradición y con las formas heredadas se vuelve



más conflictiva que en tiempos clásicos y románticos.

El poeta escribe *contra*, o al margen de. Así Michaux afirma que “los géneros literarios son enemigos...” después que Rimbaud hubiese reclamado en su “Alquimia del verbo” los modelos atípicos, absurdos e inútiles:

Yo amaba las pinturas idiotas, arriba de las puertas, decoraciones, lienzos de saltillo, banguis, letreros, caricaturas populares; la literatura pasada de moda, latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, novelas de nuestros antepasados, cuentos de hadas, pequeños libros de la infancia, óperas viejas, refranes tontos, ritmos ingenuos.

Es así que se multiplican las poéticas de la ruptura. La escritura extrae de la disyunción y del rechazo de la discursividad sus energías y recursos: los estilos cada vez más

prácticos se imponen, haciendo un corto circuito sobre la frase y complicando la sintaxis.

El motivo del desprendimiento deviene preponderante en la definición misma de la poesía. Para André du Bouchet, “el acto propio de la poesía” consiste en “traducir la separación”. Es decir, que la regularidad métrica, ligando las figuras y el “torcimiento” de los versos, ceden paso a la yuxtaposición y a la desconexión.

Estos son por ejemplo, bajo la pluma de Jacques Dupin, los “rompientes”, la “continuación basáltica” y las “morrenas” que vienen a constituir los motivos y los modelos de una escritura árida y tortuosa. Así el ensamble

intitulado “Los Interruptores” se compone de diecisiete bloques de prosas breves, figuras de palabras maduras “bajo los cortes”:

*Por una Brecha en el muro,
El rosal de una sola rama
Me restituye todo el espacio vivo.*

Escribir consiste entonces en forzar los pasajes, abrir las brechas en nuestro encierro. Así la temática insiste en el marco de las puertas y los tragaluces, en lugar de las ventanas cerradas que fascinaban a Baudelaire y al joven Mallarmé.

A propósito de Giacometti, Jacques Dupin escribe: “La soledad se cierra sobre el hombre pero el destino del hombre es esforzarse sin descanso, sin esperanza, para abrir una brecha en el muro de su prisión”.

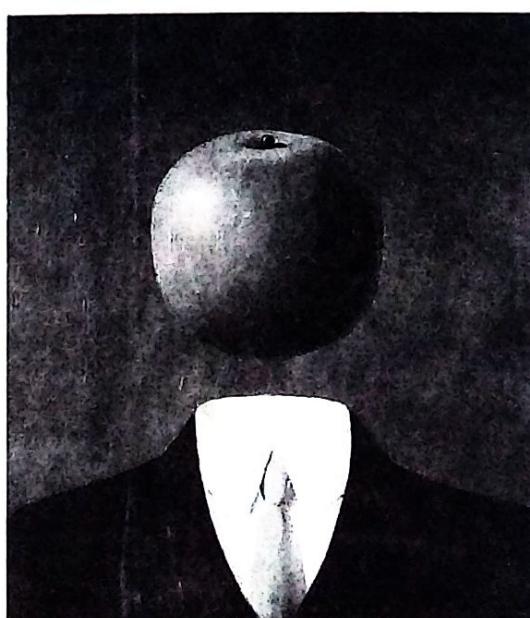
Los poemas son semejantes a estrechas aspilleras por donde se filtran o se escapan algunas líneas de claridad, algunos motivos resplandecientes:

*Un contorno, y la ausencia del discurso.
No muero. No dibujo. Deshago el trazo a
la escucha de un rostro. Afilamiento de la
luna en su primer cuarto.*

Por su parte, Christian Prigent entiende la poesía como una “puesta en secciones sarcástico-rítmica de la coagulación equilibrada de las historias (...) gráfica irónica de lo discontinuo.

Dicha concepción se opone claramente a la continuidad antigua del canto lírico. Esta “simbolización mofadora” de lo negativo que pretende “escandir cínicamente al idiota en refranes lisados” es una forma de escritura repulsiva, un “vigor de afirmación fuera del sentido”.

Continuará



BARAJA DE TINTA

Mariana Alcoforado al Marqués Noël Bouton

Primera carta

Piensa mi amor: ¡qué desconsiderado fuiste! ¡Ah, infeliz! Me engañaste con falsas esperanzas. Una pasión en la que tenía tan deliciosas expectativas sólo puede darme hoy una mortal desesperación, apenas comparable con la crueldad de esta ausencia.

Y este abandono, para el cual mi dolor, por más que se esmire, no halla nombre más funesto, ¿habrá de privarme por siempre de contemplar esos ojos en que veía tanto amor y que me hicieron conocer los encantos que henchían mi pecho de alegría, que eran todo para mí y, en fin, que colmaban mi vida? Los míos estarán privados de la única luz que los animaba.

En ellos sólo quedan lágrimas: no hacen sino llorar, desde que supe que estabas decidido a separarte de mí, una separación que me es tan insopportable, que muy pronto me matará.

Y con todo, me parece que me afiero a mis penas de las cuales sólo tú eres la causa. Te consagré mi vida desde que en ti descansaron mis ojos y siento un placer místico en sacrificarla por ti.

Miles de veces durante el día te buscan mis cansados suspiros, tan tristes, que no dan otro alivio a mis tribulaciones que el aviso, cruel y sincero, de mi desventura, que no consiente que me ilusione y que me repite a cada instante:

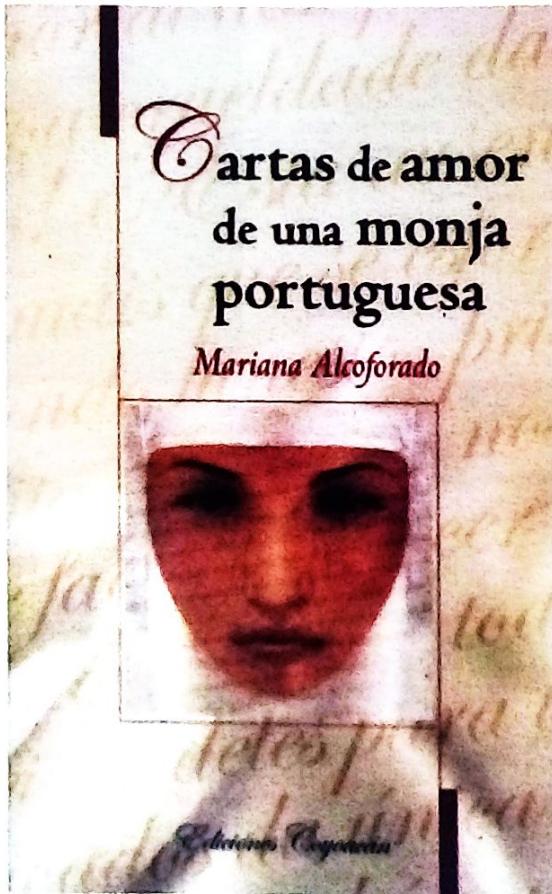
"Deja, deja de consumirte en vano, ¡infeliz Mariana!, de anhelar un amante que jamás volverás a ver, que cruzó los mares para huir de ti, que vive en Francia entregado a los placeres, que ni un solo momento piensa en tus penas, que te produce todos estos arrebatos de amor y no sabe agradecértelo."

Mas no. No puedo decidirme a pensar tan mal de ti. Deseo disculpar todos tus actos. ¡Tampoco quiero imaginar que me has olvidado! Y soy ya muy desdichada, como para dejarme atormentar por falsas sospechas.

¡Por qué esforzarme en borrar de mi memoria todos los desvelos con que anhelabas probarme tu amor? ¡Ah!

Todo ello me deleitaba tanto, que habría sido una ingrata si no te hubiera amado con los arrojos que me producía mi propia pasión, cuando gozaba de los testimonios de la tuya.

¡Cómo es posible que los recuerdos de tan dulces momentos se hayan tornado tan amargos?



Y que ahora, contra todos mis deseos, hayan de servir sólo para lacerar mi corazón? ¡Pobre de él! Al leer tu última carta mi corazón ha quedado reducido a un estado miserable: eran tan fuertes sus palpitaciones que me parecía que hacia esfuerzos para separarse de mí y volar hacia ti.

Tan abatida quedé por esas violentas emociones, que por tres horas perdí el sentido. Luchaba así contra la vida que por ti debo perder, ya que para ti no la puedo conservar. Con mucho pesar volví en mí.

Me complacía Mariana Alcoforado: Cartas de amor de la monja portuguesa 60 en

sentir que moría de amor y me sentía muy bien al pensar que dejaría de flagelar mi alma por el dolor de tu ausencia. Después de esta conmoción, he padecido muchas y diversas enfermedades; pero, ¿cómo puedo vivir sin penas, si no he de volver a ver?

Sé soportarlas sin queja, pues provienen de ti. ¡Pobre de mí! ¿Es esa la recompensa que me das por haberte amado con tanta ternura?

No importa. Estoy resuelta a adorarte toda mi vida y a no querer a nadie más. Y creo que harías muy bien, igualmente, en no amar a ninguna otra.

¡Acaso podrías contentarte con una pasión menos ardiente que la mía? Encontrarás tal vez más hermosura –aunque en otras ocasiones me dijiste que era bonita– mas nunca hallarás tanto amor... y todo más, es nada.

Deja de escribir necesidades: no me pidas que te recuerde. No puedo olvidarte, ni tampoco olvido la esperanza que sembraste en mí, de estar conmigo algún tiempo.

¡Ah! ¿Por qué no quieras pasar toda la vida a mi lado? Si pudiese salir de este aburrido convento, no esperaría en Portugal a que cumplieses tus promesas...

Partiría sin pudor a buscarte, seguirte y amarte por todo el mundo. No me atrevo siquiera a pensar que fuese posible.

No quiero alimentar una esperanza, que me daría seguramente algún alivio y no quiero sino entregarme a la pena. Confieso, sin embargo, que la oportunidad que mi hermano me ofreció para escribirte, me alegró mucho y suspendí por un instante el deseo, pero en que vivo.

Te exijo que me digas, ¿para qué te dedicaste a cautivar me tanto sabiendo muy bien que debías abandonarme?

¡Ah! Di, ¿por qué razón te encarnizaste en hacerme desgraciada?

¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento?

¿Qué daño te hice? Pero, perdóname, mi amor. No te culpo de nada.

No estoy en condiciones de vengarme de ti y sólo acuso a la crueldad de mi triste destino. También, me parece que el separarnos, nos hace todo el mal que podríamos temer de él. Tampoco el destino podrá separar nuestros corazones.

El amor, más poderoso que él, nos unió para toda nuestra vida. Si algún interés por mi vida tienes, escríbeme con frecuencia. Bien merezco que tengas la delicadeza de contarme cómo estás y cómo te sientes. ¡Ah! Sobre todo... ven a verme.

¡Adiós! No puedo deshacerte de este papel que ha de ir a tus manos.

¡Cuánto quisiera tener la misma dicha!

¡Qué locura la mía! Sé muy bien que esto no es posible.

Adiós: no puedo más. ¡Adiós! Amame siempre.

Y haz padecer aún más a tu pobre Mariana.

Mariana Alcoforado. Monja portuguesa (23 de abril de 1640 – 28 de julio de 1723). Despertó el interés del público lector en Europa, tras la aparición en París de *Cartas de amor de la monja portuguesa* en 1669. Cinco misivas dirigidas al Marqués Noël Bouton de Chamilly, de quien la religiosa se habría enamorado viéndolo desfilar a caballo y con quien posteriormente se habría reunido. Las cartas fueron escritas tras el retorno del marqués a Francia.